

Desarrollo de las relaciones con padres y hermanos en adolescentes argentinos

Alicia FACIO

Santiago RESETT

Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina)

Resumen

Los cambios en las relaciones con padres y hermanos se estudiaron longitudinalmente a los 13-15 y 15-17 años en 604 estudiantes que concurrían de 8° a 10° grado en Paraná, Argentina. En ambas oportunidades completaron un cuestionario que incluía preguntas sobre relaciones interpersonales, el Inventario de Depresión para Niños de Kovacs y la escala de Consumo de Sustancias de Jakobsen. A los 15-17 años, aunque disminuía la cercanía emocional con los padres, la mayoría estaba satisfecha con ambos, eran las personas más queridas y admiradas y constituían las principales fuentes de apoyo ante distintos problemas. La mayoría prefería a la madre con respecto al padre y la relación padre-hija era más lejana que el vínculo padre-hijo. Los hermanos se ubicaban terceros entre las personas más queridas; la relación con ellos era satisfactoria y las peleas infrecuentes. Quienes mantenían mejores relaciones familiares a los 13-15 mostraban menor depresión y consumo de sustancias dos años después.

Palabras clave: adolescencia, relaciones familiares, estudios longitudinales, Argentina.

Abstract

Changes in relationships with parents and siblings were longitudinally studied at ages 13-15 and 15-17 in 604 8th-10th graders from Paraná, Argentina. In both waves they completed questions on personal relationships, Kovacks Child Depression Inventory and Jakobsen *et al.* Substance Use Scale. Although closeness to parents had decreased, at ages 15-17 the vast majority felt satisfied with them; they were the most beloved and admired people and they ranked first as support providers in different situations. Mothers were preferred over fathers and the father-daughter bond was more distant than the father-son one. Siblings ranked third among the most loved people, the relationship with them was satisfactory and the fraternal quarrels, infrequent. Those having a better family relationship at age 13-15 showed less depressive symptoms and less substance use two years later.

Key words: Adolescence, Family relationships, Longitudinal studies, Argentina.

Dirección de la primera autora: Psicóloga Alicia Facio, Mitre 599, Piso 5, 3100 Paraná, Argentina. *Correo electrónico:* afacio@ciudad.com.ar

Recibido: septiembre de 2007. *Aceptado:* octubre de 2007

La intimidad constituye, al igual que la identidad, la autonomía, la sexualidad y el logro, un elemento clave de desarrollo psicosocial durante la adolescencia. Siguiendo a Steinberg (1998), se define a la intimidad como el apego emocional entre dos personas caracterizado por la preocupación por el bienestar mutuo, la disposición a comunicar información sobre asuntos privados -incluso dolorosos- y la posesión de intereses y actividades compartidos. En la adolescencia las relaciones -de amistad, de pareja y familiares- se vuelven más íntimas, esto es, más cercanas, personalizadas y comprometidas emocionalmente. También se producen cambios significativos en el mundo social: en la adolescencia temprana los pares adquieren una importancia creciente y en la adolescencia tardía, los novios/as. Por primera vez, surgen las amistades centradas en el intercambio de confidencias más que en el compartir actividades.

La investigación llevada a cabo durante las últimas décadas en los países del norte de América y del norte de Europa indica que la creciente intimidad entre el adolescente y sus amigos no se acompaña con un distanciamiento de los padres: al final de la etapa los jóvenes continúan sintiéndose cercanos a sus progenitores. A medida que los hijos avanzan a través de este estadio, la interacción se basa más en la conversación, la negociación y la toma conjunta de decisiones que en la conducción unilateral por parte de los padres. Pese a las transformaciones en cantidad, contenido y significado percibido de las interacciones entre padres e hijos, las propiedades funcionales de la relación que se forjaron en la niñez persisten en la adolescencia y el grado de continuidad es entre moderado y alto, tanto en lo referente a la cercanía como al conflicto (Collins y Laursen, 2004).

Es cierto que las evaluaciones subjetivas de cercanía y las medidas objetivas de inter-

dependencia entre padres e hijos decrecen a lo largo de la adolescencia (Steinberg y Silk, 2002), como así también la cantidad de tiempo que pasan juntos (Larson, Richards, Moneta, Holmbeck y Duckett, 1996). Aunque siguen percibiendo la relación como cálida y protectora, tanto el adolescente como los padres informan mayor frecuencia de emociones negativas y los jóvenes, menor compañerismo e intimidad con los padres que en la niñez (Buhrmester y Furman, 1987). Pese a estos cambios, padres e hijos manifiestan estar satisfechos con la relación, tener un alto número de interacciones positivas y baja incidencia de problemas tales como aislarse el uno del otro o experimentar dificultades en la comunicación. Muchos de los cambios en el vínculo reflejan la menor dependencia de los padres, más que una erosión de la importancia del vínculo.

En lo que respecta a los progenitores como proveedores de apoyo, la investigación llevada a cabo en los Estados Unidos indica que la madre y el padre -los más frecuentes proveedores en los niños de cuarto grado- compartían el primer lugar con los amigos del mismo sexo en séptimo grado y caían al segundo y cuarto lugar en el grado décimo (Furman y Buhrmester, 1992).

Aunque la relación con los hermanos se ha investigado mucho menos que el vínculo con los padres, se sabe que los adolescentes consideran a sus hermanos como importante fuente de compañía, intimidad y amor, aunque tengan con ellos más conflicto que con los amigos. Por otra parte, la relación fraternal positiva constituye una fuente de apoyo más allá de las contribuciones de los padres o de los pares (Furman y Buhrmester, 1992).

Si bien en los países del primer mundo -donde se lleva a cabo la mayor parte de la investigación sobre el desarrollo humano- existe un conjunto de hallazgos sólidamente establecidos con respecto al desarrollo de la

intimidad en la adolescencia, resulta interesante comprobar si rigen o no en la Argentina, un país latinoamericano que ocupaba en 2005 el lugar 34° entre las 177 naciones del mundo, según el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas. Noruega ostentaba la primera posición, los Estados Unidos la décima y España, la 21ª. Argentina era el país mejor ubicado de la América Latina, seguido de cerca por Chile y Uruguay, que también pertenecen al grupo de alto desarrollo humano.

En la Argentina la investigación científica sobre la psicología en general y sobre la psicología de la adolescencia en particular es muy escasa. Facio y Batistuta (1997, 1998) estudiaron diversos aspectos de la relación con los padres según la percibían adolescentes de 10° y 12° grado utilizando un diseño transversal, cuyas limitaciones para analizar el cambio ocurrido con la edad son bien conocidas. Pero el presente trabajo examina cómo se transforma la relación con padres y hermanos entre los 13-15 (Facio, Batistuta, Micocci y Vivas, 2000) y los 15-17, utilizando para ello un diseño longitudinal, esto es, investigando a los mismos sujetos en dos puntos sucesivos del tiempo.

También se explora aquí el impacto de los lazos familiares a los 13-15 sobre los niveles de depresión y consumo de sustancias tóxicas a los 15-17. Considerable evidencia empírica apoya el modelo parental de la depresión (Cole y McPherson, 1993); en la adolescencia una relación problemática previa con los padres puede volverse una fuente aún más notable de dificultades ya que los intercambios interpersonales conflictivos y las fuertes expresiones emocionales tienden a incrementarse, poniendo a prueba la flexibilidad del sistema familiar (Collins, 1990). Los factores familiares también constituyen importantes antecedentes del uso de sustancias tóxicas en la adolescencia (Chassin,

Hussong, Barrera, Molina, Trim y Ritter, 2004); si bien la investigación ha señalado sobre todo las creencias de los padres relativas al consumo, su tolerancia con respecto a la conducta desviada en general y la falta de apropiada supervisión y disciplina como los factores más influyentes, la menor cercanía emocional con los padres también se incluye en la lista de factores de riesgo.

Los objetivos del presente trabajo son, en resumen, los siguientes:

1. Describir la percepción del adolescente del vínculo con ambos padres (grado de satisfacción y nivel percibido de agresión al hijo/a).
2. Describir la percepción del adolescente del vínculo con sus hermanos (calidad de la relación y nivel de peleas fraternales).
3. Explorar la posición que ocupan padres y hermanos entre las personas más queridas y su función como modelos a imitar y como proveedores de ayuda en comparación con amigos, parejas y otros vínculos.
4. Determinar las diferencias según género y los cambios ocurridos a través del tiempo entre los 13-15 y los 15-17 años, en los vínculos con padres y hermanos.
5. Determinar si existe asociación entre la calidad de la relación con padres y hermanos a los 13-15 años y los niveles de depresión y uso de sustancias tóxicas dos años después.

Metodología

Sujetos

Los adolescentes argentinos sobre los que se informa en el presente trabajo residían en Paraná, la capital de Entre Ríos, una provincia de un millón de habitantes cuyas

actividades económicas básicas son la ganadería y el cultivo de cereales y oleaginosas. En lo que respecta al producto bruto interno *per capita*, Entre Ríos se ubica en el lugar 16° sobre un total de 24 distritos, debajo del promedio nacional. Paraná, con 240.000 habitantes, es la sede del gobierno y de la administración provincial.

La muestra de la primera recogida de datos, compuesta por 633 adolescentes, se extrajo mediante un elección aleatoria de aulas a partir de una listado de todos los cursos de 8°, 9° y 10° existentes en la ciudad de Paraná. Se seleccionó un 7.5% del total de aulas, y fueron encuestados todos los alumnos de cada aula seleccionada, con la excepción de quienes no había acudido ese día. Dos años después se los volvió a encuestar, con una pérdida de sólo un 4.6% (N=604). Los resultados que aquí se presentan se refieren a los sujetos (50% varones) examinados en ambas oportunidades. En la segunda recogida de datos, un 5% de la muestra había abandonado los estudios y el resto cursaba entre 8° y 12° grado (escuela secundaria). El nivel educativo, estimado a partir del promedio de años de escolaridad de los progenitores era de 27% de adolescentes cuyos padres tenían en promedio siete o menos años de estudio; 46%, con ocho a 12 años y 27% con más de 12 años de educación en promedio.

Respecto a la estructura de la familia, a los 15-17 años 78% de los progenitores permanecían juntos; 14% se había divorciado y 3% nunca vivieron juntos. Uno por ciento de las madres y 4% de los padres habían muerto. Tenían, en promedio, 2,5 hermanos y sólo 6% era hijo/a único/a.

Instrumentos

En las dos ocasiones se aplicó la misma encuesta por cuestionario. Incluía, además

de datos sociodemográficos, tres preguntas relativas a la cualidad de la relación con uno y otro padre y con los hermanos (con cinco alternativas desde muy buena a muy mala); sentirse incomprendido por uno y otro padre (con cinco alternativas desde nunca a siempre); frecuencia de peleas con hermanos (con cinco alternativas desde nunca a siempre). Dos preguntas abiertas se referían a cuál era la persona más admirada y a enumerar, de mayor a menor, las personas más importantes de sus vidas, tantas como quisieran pero sin pasar de 10. Para inquirir las fuentes de apoyo, se incluyeron ocho preguntas sobre a quién recurrirían si tuvieran un problema de salud, en el estudio, en la relación con amigos, en el noviazgo o la relación con el otro sexo, en sexualidad; si experimentarían un embarazo no deseado; si sufrirían un problema de alcohol o drogas y quién era la persona preferida para compartir intimidades. En esas ocho preguntas se podía escoger un solo proveedor y las alternativas ofrecidas eran madre, padre, hermano/a; amigo; primo/a; novio/a, otro (especificar) y nadie. Cuatro preguntas evaluaban la agresión de los padres hacia el adolescente: si el padre le había pegado (nunca, antes pero no ahora, antes y ahora); si la madre lo había hecho; si el padre le gritaba o lo insultaba cuando hacía algo mal (sí, no) y lo mismo con respecto a la madre.

Se construyeron escalas de satisfacción con la madre, con el padre y con los hermanos sumando las preguntas sobre cualidad de la relación y el grado de comprensión recibida, en los dos primeros casos y cualidad de la relación y frecuencia de peleas, en el tercer caso. Las consistencias internas fueron alfa de Cronbach 0,73, 0,84 y 0,60, respectivamente, a los 13-15 años y 0,69, 0,80 y 0,64, respectivamente, a los 15-17. Se sumó el número de problemas ante los cuales recurrirían a madre, padre, hermano/a, amigo/a, novio/a o a nadie, dado que las consistencias internas

resultaron aceptables (fluctuaban entre 0,66 y 0,74 a los 13-15 y entre 0,71 y 0,76 dos años después).

El nivel de síndrome depresivo se evaluó con el *Inventario de Depresión para Niños* de Kovacs (1992), que conservaba sus virtudes psicométricas al aplicarlo en la Argentina (Facio y Batistuta, 2004). Se utilizó también la Escala de Uso de Sustancias de Jakobsen, Rise, Aas y Anderssen (1997), que incluye preguntas relativas a consumo de alcohol, tabaco y drogas prohibidas. Las alfas de Cronbach para ambos instrumentos fueron 0,82 y 0,72, respectivamente, a los 13-15 años y 0,84 y 0,74, a los 15-17.

Procedimientos

En la primera recolección de datos todos los adolescentes contestaron la encuesta en la escuela, en horario de clases. En la segunda, la mayoría respondió en la escuela -que en algunos casos era una diferente a la que habían concurrido dos años antes- y a los desertores se los localizó en sus domicilios particulares. Se les explicó el objetivo de la investigación y se enfatizó especialmente la confidencialidad (ni los docentes ni los familiares tendrían acceso a ella, sería analizada en la Facultad de Ciencias de la Educación y sólo los investigadores tendrían la equivalencia entre el número de la encuesta y el apellido del sujeto).

Resultados

1. Relación con progenitores y hermanos a los 13-15 y a los 15-17 años

1.1. Satisfacción en la relación con los padres

A los 13-15 y dos años después, alrededor de dos tercios de los adolescentes consideraron

que la relación con la madre era muy buena y que se sentían incomprendidos por ella casi nunca o nunca. En ambas edades, sólo un 6% la calificó como regular, mala o muy mala y alrededor de un 8% indicó sentirse incomprendido por ella casi siempre o siempre.

A los 13-15, las chicas cuestionaban en mayor medida esta relación ($t = 3,18, p \leq 0,01$) pero dos años después la diferencia entre los géneros había desaparecido, debido a un descenso en la satisfacción que ocurría sólo en los muchachos (MANOVA medidas repetidas $F = 11,64, p \leq 0,001$). La estabilidad relativa entre los 13-15 y los 15-17 era mediana ($r = 0,41$).

En cuanto a la relación con el padre, a los 13-15 60% de los varones la evaluó como muy buena y 63% se sentía incomprendido por él casi nunca o nunca, porcentajes que se reducían a 49% y 56% dos años después. En las mujeres los porcentajes fueron 44% y 45%, respectivamente, a los 13-15 y 42% y 46%, respectivamente, a los 15-17. Más del 10% de los varones y alrededor de un cuarto de las chicas informaron tener problemas serios de comunicación con él (incomprendidos casi siempre o siempre) en ambas edades.

Las chicas estaban menos satisfechas con el padre que los varones, tanto a los 13-15 como dos años después (MANOVA medidas repetidas $F = 15,04, p < 0,001$). La satisfacción con el padre descendía en ambos géneros entre los 13-15 y los 15-17 años (MANOVA medidas repetidas $F = 16,77, p < 0,001$). La estabilidad entre ambas edades era mediana ($r = 0,57$).

Aunque en general bueno, el vínculo con el padre era marcadamente menos satisfactorio que con la madre y la brecha entre ambas apreciaciones resultaba mayor en el caso de las mujeres (t para muestras apareadas = 7,26, $p < 0,001$) que en el de los varones (t para muestras apareadas = 5,48, $p < 0,001$).

1.2. *Violencia parental*

A los 15-17 años 40% de los adolescentes informaron que el padre los había golpeado antes pero no ahora y el 2% que los golpeaba tanto antes como ahora. En el caso de la madre, las cifras fueron 41% y 3%, respectivamente. Al 32% el padre les gritaba o los insultaba cuando hacían algo mal y al 33%, la madre. A los 13-15 años, el 5% de los padres y el 7% de las madres golpeaban a sus hijos.

Sólo el 35% a los 13-15 años y el 33% dos años después informaban no recibir ni haber recibido agresiones -ni físicas ni verbales- de ninguno de los progenitores. El resto de la muestra se repartía entre distintos niveles de violencia. Ambos géneros informaban el mismo nivel de agresión parental y la estabilidad de dicha percepción a través de los dos años resultó mediana ($r = 0,48$). Los niveles no descendían sino que permanecían constantes dos años después.

1.3. *La relación con los hermanos*

En ambas edades casi la tres cuarta parte de los adolescentes consideró que la relación con los hermanos era muy buena o buena. El porcentaje con relación mala-muy mala resultó ínfimo, menor al 2%. Como puede verse en la tabla 1, las peleas frecuentes o muy frecuentes no constituían un hecho normativo.

Ni a los 13-15 ni a los 15-17 años la satisfacción con los hermanos difería según el género. Dicha satisfacción crecía a lo largo del período aquí estudiado (MANOVA medidas repetidas $F = 29,96$, $p < 0,001$) producida, sobre todo, por la disminución en la frecuencia de las peleas. La estabilidad entre ambas edades era mediana ($r = 0,50$).

2. *Importancia afectiva de los padres y de los hermanos comparada con la de otros vínculos*

2.1. *Lugar ocupado por padres y hermanos entre las diez personas más queridas*

Tanto a los 13-15 años como dos años después casi el 90% de los jóvenes colocó a la madre en los dos primeros lugares de sus afectos y sólo un 4% no la incluyó en la lista. Un porcentaje bastante menor colocó al padre en los dos primeros lugares y (73% y 64% a los 13-15 y 15-17 años, respectivamente); en una y otra edad, 8% y 13% no lo incorporó (ver tabla 2).

Mientras la madre era igualmente importante para varones y mujeres, en ambas edades la prioridad del padre era menor para las hijas que para los hijos (MANOVA medidas repetidas $F = 16,20$, $p < 0,001$). Entre los 13-15 y los 15-17 años, la madre descendía en importancia sólo en los varones (MANOVA medidas repetidas

Tabla 1. Frecuencia de peleas con hermanos a los 13-15 y 15-17 años, según género.

<i>Frecuencia</i>	<i>Varones (N=289)</i>		<i>Mujeres (N=278)</i>	
	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>
<i>Nunca</i>	5%	9%	1%	5%
<i>Casi nunca</i>	19%	26%	18%	25%
<i>A veces</i>	52%	48%	47%	44%
<i>Frecuentemente</i>	16%	12%	22%	20%
<i>Muy frecuentemente</i>	8%	5%	12%	6%

F = 8,18, $p \leq 0,01$) mientras que con el padre esto sucedía en ambos géneros (MANOVA medidas repetidas F = 27,04, $p < 0,001$). O sea, aunque chicas y chicos privilegiaban a la madre con respecto al padre, la brecha entre ambas valoraciones era mayor en el caso de las mujeres.

En ambas edades los hermanos -nombrados en general o el hermano o hermana mejor ubicados- ocupaban el tercer lugar de importancia afectiva, luego de la madre y del padre. Una minoría sustancial (alrededor del 20%) los ubicaba en los dos primeros lugares y alrededor de 5%, teniendo al menos un hermano/a, no lo incluyó en una y otra oportunidad. La importancia afectiva de este vínculo era la misma en ambos géneros y su importancia no ascendía ni descendía entre los 13-15 y los 15-16.

En ambas edades, un amigo/a en particular o “mis amigos” fueron ubicados en promedio en el séptimo lugar en el caso de los varones y en el sexto, en el de las mujeres. Un pequeño grupo (6%) los incluyó en las dos primeras posiciones, ubicación reservada en general para los padres. Una minoría sustan-

cial (alrededor de 20%) no mencionaba a ninguno. La importancia afectiva de este vínculo era la misma a los 13-15 que a los 15-17. Las chicas otorgaban a los amigos un lugar más importante que los muchachos, tanto a los 13-15 como a los 15-17 (MANOVA medidas repetidas F = 23,70, $p < 0,001$).

En ambas edades, la pareja amorosa o una ex-pareja o alguien en quien se estaba románticamente interesado fueron ubicados en promedio en el décimo lugar en el caso de los varones y en el noveno, en el de las mujeres. Muchos de quienes estaban de novio/a no lo incorporaban a la lista de las personas más amadas. Por ejemplo, dentro del tercio de adolescentes de 15-17 años que tenía una pareja, 42% de los chicos y 20% de las chicas no la incluyeron, mientras una minoría (16%) la ubicaba en los dos primeros lugares. La importancia afectiva de este vínculo ascendía ligeramente para el grupo total a lo largo de los dos años (MANOVA medidas repetidas F = 20,86, $p < 0,001$). Las chicas, tanto a los 13-15 como a los 15-17 años le otorgaban mayor preeminencia que los varones (MANOVA medidas repetidas F = 24,20, $p < 0,001$).

Tabla 2. Medias (y desviaciones típicas) del lugar entre las personas más queridas asignado a cada vínculo a los 13-15 y 15-17 años, según género.

<i>Vínculo</i>	<i>Varones</i>		<i>Mujeres</i>	
	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>
<i>Madre</i>	1,65 (1,6)	2,08 (2,4)	1,88 (2,0)	1,71 (1,7)
<i>Padre</i>	2,44 (2,5)	2,93 (2,9)	3,22 (3,0)	3,95 (3,5)
<i>Hermano/a/s</i>	3,84 (2,5)	3,69 (2,2)	3,55 (2,1)	3,33 (1,8)
<i>Amigo/a/s</i>	7,27 (2,8)	6,95 (3,0)	6,16 (2,8)	6,26 (2,7)
<i>Abuelo/a/s</i>	7,18 (3,4)	7,46 (3,7)	7,58 (3,5)	7,77 (3,6)
<i>Pareja</i>	10,23 (2,2)	9,83 (2,8)	9,55 (2,7)	8,72 (3,4)

Nota: Los puntajes variaban desde 1 (primer lugar) hasta 11 (no incluía dicho vínculo). Las medias para madre y padre se calcularon sólo para quienes tenían a dicho progenitor vivo y las de hermanos sólo para quienes no eran hijos únicos. Las medias para abuelo/a/s se calcularon sólo para quienes tenían al menos uno de dichos vínculos.

En ambas edades, la gran mayoría que tenía al menos un abuelo/a vivo lo ubicó, en promedio, en el lugar séptimo en el caso de los varones y octavo en el de las mujeres. Su importancia afectiva, similar en chicos y chicas, no decrecía entre los 13-15 y los 15-17 años.

2.2. Padres y hermanos como modelos a imitar

Los padres constituían, de lejos, las personas más admiradas por los adolescentes: 52% los mencionaban a los 13-15 y 57%, dos años después, sin diferencias de género. Sin embargo, más varones admiraban al padre que a la madre (35% versus 16% a los 13-15 y 34% versus 18% dos años después) y más chicas que muchachos, a la madre (42% versus 29% a los 13-15 y 45% versus 27% dos años después).

En ambas edades, porcentajes modestos que no superaban el 10% se repartían entre hermanos, amigos, pareja, otros familiares, personajes públicos y “nadie”. Los adultos no familiares y no famosos no alcanzaban al 1%.

2.3. Padres y hermanos como fuentes de apoyo

En lo que respecta a quién recurrirían por ayuda ante distintos problemas, se observó una interacción proveedor-problema. En ambas edades, los padres eran netamente preferidos en caso de dificultades con la salud (casi 90%), embarazo no deseado (más del 60%) y adicción a alcohol o drogas (más de la mitad). Ante dificultades con el estudio se tornaban marcadamente hacia los progenitores a los 13-15 (50%) y a los 15-17, aunque éstos predominaban (39%), quienes recurrirían a los amigos (24%) había aumentado. En cambio, en ambas edades los amigos superaban a los padres como confidentes favoritos (48% y 54%, respectivamente) y como asesores ante dificultades con la amistad (35% y 44%, respectivamente) y con la pareja (36% y 44%, respectivamente). En preocupaciones respecto a la sexualidad predominaban ligeramente los padres a los 13-15 años (40%) y los amigos a los 15-17 años (40%).

En la tabla 3 se presenta el número promedio de problemas ante los cuales re-

Tabla 3. Medias (y desviaciones típicas) de búsqueda de ayuda en distintas fuentes a los 13-15 y a los 15-17 años, según género.

<i>Proveedor</i>	<i>Varones</i>		<i>Mujeres</i>	
	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>	<i>13-15 años</i>	<i>15-17 años</i>
<i>Madre</i>	2,41 (1,8)	2,08 (1,6)	3,47 (2,2)	3,02 (2,0)
<i>Padre</i>	1,62 (1,8)	1,32 (1,7)	0,32 (0,8)	0,23 (0,7)
<i>Hermano/a</i>	0,76 (1,2)	0,81 (1,5)	0,81 (1,3)	0,82 (1,4)
<i>Amigo/a</i>	1,66 (1,8)	2,30 (1,9)	2,49 (2,1)	2,61 (2,1)
<i>Pareja amorosa</i>	0,19 (0,7)	0,30 (0,9)	0,16 (0,6)	0,56 (1,3)
<i>Nadie</i>	0,95 (1,4)	0,75 (1,3)	0,35 (0,9)	0,37 (0,8)

Nota: Los puntajes de cada escala podían variar entre 0 (nunca marcó ese proveedor) a 8 (lo marcó en los ocho problemas presentados). Las medias para madre y padre se calcularon sólo para quienes tenían a dicho progenitor vivo y hermanos sólo para quienes no eran hijos únicos.

currirían a uno u otro proveedor. Los padres continuaban siendo a los 15-17 años la principal fuente de apoyo, sin distinción de género. Se recurría, de lejos, a la madre más que al padre al buscar ayuda, aunque los varones se volvían hacia el progenitor en mayor medida que las chicas ($t = 10,08, p < 0,001$) y éstas acudían a la madre con mayor intensidad aún que los muchachos ($t = 6,44, p < 0,001$).

La segunda fuente, en orden de importancia, eran los amigos, aunque una minoría sustancial (30% a los 13-15 y 22% a los 15-17 años) no recurriría a ellos en ninguna de las ocho situaciones problemáticas aquí estudiadas.

Los hermanos representaban el principal recurso para una minoría no normativa y para un subgrupo más pequeño, era la pareja amorosa el respaldo principal. Un número llamativo, sobre todo en los varones de menor edad, no recurriría a nadie en caso de afrontar alguna de estas situaciones problemáticas.

3. Impacto de los vínculos familiares a los 13-15 sobre los niveles de depresión y consumo de sustancias tóxicas dos años después

Se utilizó la regresión lineal para examinar qué porcentaje de la varianza en síndrome depresivo a los 15-17 años podía predecirse a partir de distintas variables relativas al vínculo con padres y hermanos a los 13-15. La satisfacción con el padre, con la madre, los golpes y los gritos de una y otro se introdujeron en el primer paso y la relación y frecuencias de peleas con hermanos en el segundo paso. En el caso de los muchachos, resultaron significativos la satisfacción con el padre ($\beta = 0,26, p < 0,001$) que predecía el 8% de la varianza en síndrome depresivo y peleas con hermanos ($\beta = 0,15, p < 0,01$) que agregaba un 2% adicional a la predicción. En

el caso de las chicas, resultaron significativos la satisfacción con el padre ($\beta = 0,17, p < 0,01$) y con la madre ($\beta = 0,16, p < 0,01$) que predecían en conjunto el 7% de la varianza en síndrome depresivo; incluir la relación fraterna no mejoraba la predicción.

El mismo procedimiento se repitió para examinar qué porcentaje de la varianza en consumo de sustancias tóxicas a los 15-17 años podía predecirse a partir de las distintas variables relativas a padres y hermanos a los 13-15. En el caso de los muchachos, resultaron significativos la satisfacción con el padre ($\beta = 0,22, p \leq 0,001$) que predecía el 7% de la varianza en consumo de sustancias tóxicas y las peleas con hermanos ($\beta = 0,16, p \leq 0,01$) que agregaba un 1% adicional a la predicción. En el caso de las chicas, resultaron significativos la satisfacción con el padre ($\beta = 0,16, p \leq 0,01$) y la violencia de los progenitores ($\beta = 0,15, p < 0,01$) que predecían, conjuntamente, el 6% de la varianza en consumo de sustancias; incluir la relación fraterna no mejoraba la predicción.

Conclusiones

Los resultados del presente trabajo coinciden con las conclusiones de un vasto cuerpo de investigación empírica llevada a cabo en los Estados Unidos y Europa Occidental: el desapego del adolescente con respecto a sus padres no es un rasgo inherente del funcionamiento familiar en dicha etapa de la vida (Steinberg y Silk, 2002; Collins y Laursen, 2004). Este hallazgo se repite a través de los distintos indicadores aquí estudiados. La mayoría de los jóvenes de nuestro estudio no se sienten incomprendidos y perciben la relación con ambos progenitores como buena o muy buena, tanto a los 13-15 como dos años después. Cuando se examina a quién recurrirían por ayuda ante distintos tipos

de problemas (sexualidad, pareja, amistad, salud, escuela, embarazo no deseado, adicciones, etc.), se comprueba que los padres continúan siendo una importante fuente de apoyo a lo largo de la adolescencia. Esto sucede en mayor medida que lo informado por investigaciones estadounidenses (Furman y Buhrmester, 1992): mientras en dicho país los amigos comparten el primer lugar con la madre ya en el grado séptimo, en Argentina el empate se produce recién alrededor del grado 10°. Los padres continúan siendo las personas más queridas y las más admiradas tanto a los 13-15 como a los 15-17 años.

Aunque sólo pequeños porcentajes informaban recibir golpes de su madre, de su padre o de ambos, alrededor de un tercio mencionaba, en ambas edades, ser objeto de agresión verbal (gritos, insultos) cuando hacían algo mal. Otras investigaciones llevadas a cabo en adolescentes argentinos indican que la percepción del hijo de estos tipos de agresiones se asocia con una relación con los padres más conflictiva y menos cálida dos y cuatro años después (Facio, Resett, Mistrorigo y Micocci, 2006).

En los países antes mencionados se registra un descenso a lo largo de la adolescencia en las evaluaciones subjetivas de cercanía con los padres. Lo mismo sucede en esta muestra argentina entre los 13-15 y los 15-17 años en los distintos indicadores, excepto en el porcentaje de quienes admiran a los padres. El estudio longitudinal de una cohorte argentina nacida diez años antes mostró que los progenitores retenían esta posición incluso a la edad 24-26 (Facio *et al.*, 2006).

En las grandes síntesis de los hallazgos de la investigación sobre las relaciones padres-adolescentes se indica que tanto chicas como chicos se sienten más próximos a la madre que al padre. Así sucede también en

esta muestra argentina y ello se evidencia a través de los distintos indicadores estudiados: están más satisfechos con la relación con la madre, se recurre más a ella por ayuda, se le otorga un lugar más importante entre la gente amada y se la admira más. Aunque en dichas síntesis también se afirma que chicos y chicas informan un grado semejante de proximidad a cada uno de los progenitores, en esta muestra argentina las chicas se sienten menos cercanas al padre que los chicos a lo largo de los distintos indicadores y recurren a la madre por ayuda y la admiran en mayor medida que los muchachos. De las diadas posibles (madre-hijo, madre-hija, padre-hijo y padre-hija) en Argentina es la relación padre-hija la menos cercana de las cuatro y otras investigaciones (Facio *et al.*, 2006) indican que las dificultades con el padre a los 13-14 años producían un costo mayor en la salud mental posterior de las chicas que en la de los muchachos.

Al igual que en otros países (Steinberg, 1998; Oliva y Arranz, 2005), en esta muestra argentina los hermanos constituyen importantes objetos de intimidad. Sin distinción de género, a lo largo de la adolescencia son las personas más queridas luego de los padres, la gran mayoría está satisfecha con la relación que mantiene con ellos y la satisfacción aumenta a los 15-17 años. Aunque hay peleas, el lazo no se caracteriza por una conflictividad frecuente. Si bien se recurren a ellos menos que a los amigos, los hermanos se perciben como proveedores de ayuda ante distintos problemas.

Al igual que indican las investigaciones llevadas a cabo en Norteamérica, en el norte de Europa y en España (Oliva, Parra y Sánchez-Queija, 2002; Parra y Oliva, 2006) mantener en la adolescencia una relación cálida y estrecha con padres y hermanos se asocia en la Argentina con mayor salud psico-

lógica. El vínculo con los padres a los 13-15 es uno de los factores que explica los niveles de síndrome depresivo y de consumo de sustancias tóxicas del hijo y de la hija dos años después. La conflictividad con los hermanos constituye un factor explicativo adicional de ambos tipos de problemas sólo en el caso de los varones. Investigaciones llevadas a cabo en la Argentina (Facio *et al.*, 2006) señalan que tener una relación problemática con la madre o con el padre o con ambos no es algo ni normal ni esperable durante la adolescencia, e implica consecuencias negativas para el desarrollo psicosocial. Los menos satisfechos con uno u otro progenitor sufrían, concomitantemente, peor autoestima, mayor depresión, ansiedad, conducta antisocial, consumo de sustancias tóxicas y precocidad sexual. La prueba de la importancia del lazo con padres y hermanos presentada en este trabajo es más exigente, ya que se refiere al efecto de la relación en un punto del tiempo sobre problemas emocionales y de conducta en un punto posterior.

A diferencia de lo informado por algunas investigaciones estadounidenses y españolas (Bank, Patterson, y Reid, 1996; Oliva y Arranz, 2005) en las cuales la salud psicológica de las chicas depende en mayor medida de las relaciones con los hermanos/as que la de los muchachos, en esta muestra argentina es en los varones donde el vínculo con los hermanos predice el posterior nivel de depresión y de consumo de sustancias tóxicas. Las causas de esta diferencia deberían ser objeto de posteriores investigaciones.

En resumen, los hallazgos del presente trabajo indican que los amigos y las parejas amorosas no desplazan sino, por el contrario, se agregan paulatinamente a padres y hermanos como nuevos objetos de intimidad en la adolescencia. Al igual que en los países del norte de América y del norte de Europa,

la tendencia en el desarrollo va desde los padres como principales proveedores de apoyo instrumental y emocional a los 13-15 a principal apoyo instrumental pero en menor medida emocional a los 15-17 años. Como ya se comprobaba en otros estudios sobre las relaciones familiares (Facio y Batistuta 1997, 1998; Facio y Resett, 2006; Facio *et al.*, 2003, 2006), los adolescentes argentinos parecen tener relaciones más estrechas con la familia nuclear -y con la extensa- y estar menos influidos por los amigos que el típico adolescente de los grupos mayoritarios de los países arriba nombrados.

La investigación de las relaciones familiares de los adolescentes argentinos debería enriquecerse con el examen de otras dimensiones importantes de la parentalidad -control conductual, control psicológico, aliento a la autonomía- y con el empleo de una medición más exhaustiva del constructo relación con los hermanos. La recientemente finalizada recolección de datos sobre este grupo de chicos y chicas -ahora en sus 21-25 años- permitirá estudiar los efectos en la adultez emergente de las relaciones familiares en la adolescencia.

Referencias

- Bank, L., Patterson, G. y Reid, J. (1996). Negative Sibling Interaction Patterns as Predictors of Later Adjustment Problems in Adolescents and Young Males. En G. H. Brody (Ed.), *Sibling relationships: Their causes and consequences*. Norwood: Ablex.
- Buhrmester, D. y Furman, W. (1987). The development of companionship and intimacy. *Child Development*, 58, 1101-1113.
- Chassin, L., Hussong, A., Barrera, M., Molina, B., Trim, R. y Ritter, J. (2004). Adolescent Substance Use. En R. Ler-

- ner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (2nd Ed.). Nueva York: Wiley.
- Cole, D. y McPherson, A. (1993). Relation of Family Subsystems to Adolescent Depression: Implementing a New Family Assessment Strategy. *Journal of Family Psychology*, 7, 119-133.
- Collins, W. A. (1990). Parent-child Relationships in the Transition to Adolescence: Continuity and Change in Interaction, Affect, and Cognition. En R. Montemayor, G.R. Adams y T.P. Gullota (Eds.), *From childhood to adolescence: A transitional period?* Newbury Park: Sage.
- Collins, W. A. y Laursen, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology*. Hoboken: Wiley.
- Facio, A. y Batistuta, M. (1997). *Los adolescentes y sus Padres. Una Investigación Argentina*. Paraná: Facultad de Ciencias de la Educación, UNER.
- Facio, A. y Batistuta, M. (1998). Latins, Catholics and from the Far South: Argentinian Adolescents and their Parents. *Journal of Adolescence*, 21, 49-67.
- Facio, A., Batistuta, M., Micocci, F. y Vivas, C. (2003). Intimidad con padres y hermanos en adolescentes de 13 a 15 años. *Ciencia, docencia y tecnología*, 27, 43-60.
- Facio, A. y Batistuta, M. (2004). El Inventario de Depresión para Niños de Kovacs en una muestra comunitaria de adolescentes argentinos. *Investigación en Psicología*, 2, 77-91.
- Facio, A. y Resett, S. (2006). Argentina. En J. Arnett (Ed.), *International Encyclopedia of Adolescence*. Nueva York, Routledge.
- Facio, A., Resett, S., Mistrorigo, C. y Micocci, F. (2006). *Adolescentes argentinos. Cómo piensan y sienten*. Buenos Aires: Lugar.
- Furman, W. y Buhrmester, D. (1992). Age and Sex Differences in Perceptions of Network of Personal Relationships. *Child Development*, 63, 103-115.
- Jakobsen R., Rise, J., Aas, H. y Anderssen, N. (1997). Non-coital Sexual Interactions and Problem Behaviour among Young Adolescents. *Journal of Adolescence*, 20, 71-83.
- Kovacs, M. (1992). *Children's Depression Inventory*. Nueva York, MHS.
- Larson, R., Richards, M., Moneta, G., Holmbeck, G. y Duckett, E. (1996). Changes in Adolescents' Daily Interactions with their Families from age 10 to 18: Disengagement and Transformation. *Developmental Psychology*, 32, 744-754.
- Oliva, A. y Arranz, E. (2005). Sibling Relationships during Adolescence. *European Journal of Developmental Psychology*, 2, 253-270.
- Oliva, A., Parra, A. y Sánchez-Queija, T. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20, 3-16.
- Parra, A. y Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 29, 453-470.
- Steinberg, L. (1998). *Adolescence*. Boston: McGraw-Hill.
- Steinberg, L. y Silk, J.S. (2002). Parenting Adolescents. En M.H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting*. Mahwah: Erlbaum.